

Episkenion 3/4 (julio 2015)
Nunca es siempre en teatro

ISSN 2340-4485

Biografía de mi padre Álvaro de Orriols

Mercedes de Orriols Colorado

NOTA PRELIMINAR

Fieles al sentido que caracteriza la sección desde nuestro primer número, recuperamos para *Episkenion* este testimonio único, una semblanza destacada en el conjunto de la memoria colectiva del teatro español contemporáneo. Gracias a la generosidad de su hija Mercedes, quien publicó anteriormente una versión más sucinta en la segunda entrega de la revista *Migraciones y Exilios*, nos llega esta biografía de Álvaro de Orriols. Conocido en la España de los años treinta como «el poeta de la República», la obra teatral del escritor catalán comprende numerosas zarzuelas de éxito, varios dramas históricos y, sobre todo, algunas de las mejores manifestaciones del teatro de masas de nuestro país, con títulos imprescindibles en la literatura dramática de la época como *Rosas de sangre*, *Los enemigos de la República*, *¡Máquinas!* o *España en pie*. Al igual que ocurre con tantas otras figuras de la era republicana, el destierro forzado tras la Guerra Civil no sólo supone su alejamiento definitivo del mundo artístico local, sino también el injustificable olvido de una trayectoria, originalísima y de fuerte raigambre popular, que brilla con luz propia en el heterogéneo panorama de la escena española de su tiempo.

El ejemplo y la lección de vida que se perfilan en los trazos de este retrato han podido prevalecer debido a la inquebrantable constancia de la familia de don Álvaro desde su residencia en Bayonne, ciudad vinculada a su exilio donde intentaría recuperar buena parte de lo perdido. Tras la muerte del escritor, tanto Mercedes como su hijo, Didier Damestoy de Orriols, han emprendido una encomiable tarea de recuperación de su legado literario. De ese empeño han surgido las ediciones póstumas de *Nervio* y *Las hogueras del Pertús*, obra que cuenta incluso con traducciones al francés y a la lengua catalana. Esta gran tarea de difusión, que continúa en la

actualidad, también se ha materializado en diversas conferencias y presentaciones en lugares como Figueres, Perpignan, Logroño y Barcelona.

Sirva esta ultimísima crónica de Álvaro de Orriols como homenaje a un hito de la literatura de avanzada española y al testimonio de dignidad que representa, en estos días de desmemoria y molicie, el sacrificado esfuerzo de sus herederos.

EPISKENION

No es cosa fácil recordar la vida entera de una persona. Es como recomponer un rompecabezas donde podrían faltar algunas piezas.

La vida de mi padre, el poeta y dramaturgo Álvaro de Orriols Lletget, fue una vida llena de altos y bajos. Procuraré hacer memoria sobre todo lo que él me contó, y con mis propios recuerdos y los apuntes que él dejó, voy a tratar de trazar su figura.

Nació un primero de enero de 1894 en Gràcia (Barcelona), en el seno de una familia muy acomodada.

Su padre, Álvaro de Orriols Fedriani, era abogado y notario, así como académico de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Gozaba de fama y llevaba las dos carreras a la par, hijo del también abogado Juan Bautista de Orriols y Comas, diputado a Cortes por Barcelona en la legislatura de 1897. Su madre, María Lletget, era hija del doctor Lletget, médico de su majestad el rey Alfonso XII.

El matrimonio tenía cuatro hijos anteriores a mi padre, pero la gran epidemia de sarampión que invadió Europa el año 1892 hizo que perdieran, en pocos días, a los tres más pequeños. Sólo quedó con vida su hermana mayor Mercedes, de siete años de edad. Con una pena muy grande, como se puede suponer, sus padres quisieron volver a llenar ese vacío, en parte también por la hermanita mayor que se sentía muy sola. De ahí nacieron, primero mi padre y después su hermana María.

Se comprenderá que la infancia de mi padre fuera una infancia feliz. Su primera enseñanza la hizo en casa con profesores particulares, al igual que las clases de solfeo y violín.

A los nueve años, tras haber sufrido unas fiebres de Malta y una pleuresía que pusieron su vida en peligro durante unos meses y que consiguió vencer gracias a los buenos cuidados médicos y a los mimos que él recordaba que le prodigaban sus padres, ingresó en el pensionado Valldemia de los hermanos maristas de Mataró. En este colegio cursó sus estudios, siendo un buen alumno, y allí fue donde aprendió tan bien el francés, que tanto le iba a servir más tarde, en su vida.

Cuando apenas era un adolescente, murió su padre de unas fiebres tifoideas. Para él fue un golpe muy duro, pues la relación con su padre era muy fuerte y siempre le echó mucho en falta. La ilusión de su padre era que fuera ingeniero, para romper con la tradición de cuatro o cinco generaciones de abogados, hombres de letras como él decía, pero lo cierto es que mi padre estaba reñido con las cifras. Desde pequeño estudió violín, que nunca dejó de tocar, y también piano. Tenía una gran inclinación para la música y le gustaba componer.

Al terminar sus estudios en el colegio Valldemia, con su madre y sus hermanas decidieron ir a pasar una temporada a Madrid.

Hacía mucho tiempo que mi padre había empezado a escribir sus primeros versos en las páginas de los cuadernos de clase, por lo que, al instalarse en la capital por un tiempo indefinido, llegó el momento de tomar una decisión.

Él se sentía poeta, escritor, artista. Lo sentía en lo más profundo de su ser. Y sin querer contrariar los gustos de su padre, le pidió a su madre, que ya se había dado cuenta, que le dejara seguir los cursos en Bellas Artes. Allí aprendió dibujo, escultura, modelaje y todo lo que se refiere al arte. Siempre fue muy hábil y le gustaba todo lo manual.

No había cumplido los veintiún años cuando la vida le golpeó otra vez con la muerte de su madre. Su muerte inesperada dejó a los tres hermanos solos y con las cuentas cerradas, pues al ser su hermana pequeña menor de edad, tenían que esperar la mayoría para poder disponer de los bienes de sus padres. Su hermana mayor, que le llevaba ocho años, se hizo cargo de ellos y siguieron viviendo en Madrid, teniendo mi padre que ponerse a trabajar para poder ayudar a los gastos de la casa. Tenía que compaginar su trabajo de estuquista en una empresa para poder seguir sus cursos en Bellas Artes.

Al poco tiempo, tuvo una caída de un andamio, por suerte sin importancia, que le quitó las ganas de persistir por esa vía. Trabajó después en otra empresa de edificios públicos, pero como escultor. Esto le gustaba, pero le alejaba de la pluma.

Encontró un empleo para venta de pianos y pianolas y al poco tiempo se colocó en una orquesta sinfónica, donde estuvo bastante tiempo ocupando un puesto de primer violín.

Entre tanto, se había casado su hermana mayor y se había ido a Murcia, llevándose con ella a su hermana pequeña.

Al quedarse solo en Madrid, donde ya se había hecho algunos amigos, empezó a salir más a menudo. Frecuenta los cafés donde se reúnen todos los intelectuales, muchos de fama y otros principiantes como él, pero que sueñan con ella. Entra en ese mundo bohemio de artistas que quieren triunfar, donde se leían sus versos unos a otros y escuchaban los buenos consejos de los mayores. Una época de su vida que siempre recordó con mucho cariño, pero al mismo tiempo con algo de nostalgia y que fue para él muy enriquecedora.

En su poesía «Noche Buena», escrita al poco tiempo de morir su madre, la primera Nochebuena que pasaba solo en su vida, se percibe su sensibilidad, su pena y la amargura que siente, cuando dice:

«Esta noche siento falta de cariño.
Y quisiera retornar al tiempo niño,
aquel tiempo en que mi madre me besaba
y, sentándome en su falda, me contaba
el divino nacimiento

de aquel niño que era Dios; y el santo cuento
de la ofrenda de los Reyes de Oriente
me arrullaba... me arrullaba...
y quedábame dormido dulcemente.
Ya no tengo aquella madre. Y aquel lecho,
que después me cobijaba, se ha deshecho
para siempre. Ya no vuelven los halagos
de la infancia. ¡Ya no existen los Reyes Magos!...
Y es la vida, recia y dura,
la que el alma me envenena
con el mágico recuerdo de mi infancia suave y pura.
¡Desde entonces ya no sé qué es Noche Buena!»

Pasaron unos meses y decidió volver de nuevo a Barcelona; allí tenía a su abuelo y demás familia. En el entorno familiar tenía muchas relaciones. A veces utilizó su título de marqués de Fedriani, que heredó de su padre, cuando tenía que asistir a recepciones. Siempre había vivido en un mundo fácil dentro de una familia de buena posición económica y social, pero cuando empezó a volar por sus propias alas, y a medida que iba pasando el tiempo y ese mundo se iba abriendo ante sus ojos, se dio cuenta de sus imperfecciones e injusticias sociales. Joven y de espíritu inquieto, fue entonces cuando empezaron a forjarse en él unas ideas progresistas y más justas, que mantuvo a lo largo de su vida.

Estamos en el año 1917. Tenía veintitrés años cuando le proponen un papel de actor en la película *Vida de Cristóbal Colón y su descubrimiento de América*, rodada en Barcelona y dirigida por Gérard Bourgois de la firma Gaumont Films, con música de acompañamiento de su gran amigo, el compositor José Padilla. Lo aceptó. Pasó unos meses en Barcelona. Hizo dos películas más con la casa Gaumont, pero tampoco era ese su camino. Lo que él aspiraba era estrenar. Sentía que el teatro era lo suyo.

No paraba de escribir y llenar cuartillas, cuando se le ocurrió traducir al castellano la tan famosa obra en catalán *Lo ferrer de tall* de Pitarra. Con la obra en la maleta y la autorización firmada por el propio hijo de Pitarra para su publicación y su representación, decidió volver de nuevo a Madrid con la firme intención de estrenarla en la capital.

Empezó a publicar versos en varios periódicos y revistas. Su pluma gustó y pronto encontró trabajo en un diario, me parece que en *El Sol*. Fue crítico literario e hizo reportajes. También trabajó para la revista *Blanco y Negro*.

Su hermana pequeña María se vino a vivir con él. Siguió frecuentando las tertulias literarias del Colonial, Pombo y demás cafés madrileños, donde se reunían todos los intelectuales

de esa época tan marcada. Allí conoció a Cansinos-Assens, a Borges, a Lorca, a Gómez de la Serna, y a tantos escritores más. Entre ellos, se hizo muchos amigos. Citaré a Manuel Machado y su hermano Antonio, Amadeo Vives, los hermanos Álvarez Quintero, Enrique Rambal, Rafael Alberti y muchos más, que siempre recordaba en sus conversaciones.

Una gran amistad le unió siempre a Enrique Reoyo, autor de *El huésped del sevillano*. Los dos compartieron muchos aplausos con la zarzuela *La pescadora de Ubiarco*, en la que colaboraron juntos. Pero sus grandes amigos de juventud, cuando todavía no había triunfado ninguno y soñaban los tres con el mismo sueño, fueron Jacinto Guerrero y Benito Perojo. Otro buen amigo, desde que eran muy jóvenes en Barcelona, fue Daniel Sabater, el «gran pintor de brujas», con quien le unió una amistad fraternal hasta el final de la vida del pintor, que vivía en París. Admiró siempre a su gran maestro, amigo de su padre, Pompeu Gener, quien le alentaba y se emocionaba cuando le leía sus primeros versos. Toda su vida lo recordó con mucho afecto.

Su tiempo lo pasaba entre Barcelona y Madrid, trabajando e intentando estrenar. Siempre en las dos ciudades conservó sus amigos. Un rasgo que le caracterizaba era el valor que siempre le dio a la amistad.

Y fue la noche del 12 de noviembre de 1919, con sólo veinticinco años de edad, cuando vivió su primer estreno, presentando sobre la escena del Teatro Fuencarral de Madrid su traducción al castellano de *Lo ferrer de tall* de Serafí Pitarra con el título de *La daga*. Fue un éxito total. Toda la prensa madrileña se volcó en elogios. Con tal éxito, *La daga* fue editada ese mismo año.

En esta época fue cuando conoció a mi madre Manuela Colorado Bereciartúa, nacida en Madrid.

Después del estreno de *La daga*, siguió trabajando de periodista y daba clases de esperanto en la Escuela Superior de Comercio de Madrid, mientras preparaba su primera zarzuela.

En ese mismo año de 1919 ingresó en el Partido Socialista Obrero Español.

En el año 1921 murió su abuelo paterno, que fue para él un segundo padre. Siempre le había apoyado y animado para que siguiera escribiendo. Y fue precisamente ese año cuando publicó su primer libro de poesías, *Nervio*, favorablemente acogido por la crítica. Todas las poesías gustaron mucho, principalmente «Princesita sin zapatos», «Rapsodia», y la que gustó mucho fue «Los héroes vencidos (Reverso a «La marcha triunfal» de Rubén Darío)». Fueron las más comentadas por las publicaciones del momento.

En el año 1922 se casó con mi madre. Vivieron temporadas en Madrid y temporadas en Barcelona.

Al poco tiempo, su traducción de *La daga*, que convirtió en drama lírico (con música de Enrique Morera, el ilustre compositor y autor de la sardana inmortal *La Santa Espina*), fue estrenada en el Teatro Victoria de Barcelona. Alcanzó también un verdadero éxito.

Su hermana mayor Mercedes y su esposo Francisco Agulló de la Escosura, empleado en el Instituto Geográfico, regresaron a Madrid. Su hermana pequeña María se casó con un amigo suyo, Luis Hermida Higuera. Estudiaron juntos el esperanto y les unió una gran amistad, que los convirtió en cuñados. Fue más tarde, y durante treinta años, el Director General de La Unión y el Fénix Español, y procurador en Cortes.

Siempre tuvo en cuenta que su vida estuviera unida a sus dos hermanas. Para él fueron muy importantes. Por eso, al ser mi madre madrileña y teniendo a sus dos hermanas allí, decidieron quedarse en Madrid y construyeron un hotelito en las afueras, cerca del de su hermana mayor. Allí nacimos, primero mi hermano Álvaro en 1931, y luego yo, en el año 1934. En esta casa fue donde escribió una gran parte de su obra teatral.

Estamos en el año 1925, cuando estrena, con gran éxito, su primera zarzuela, *El mastín de la Pedrosa*, con música del maestro Francisco Capo, en el Teatro Novedades de Madrid, la noche del 20 de febrero. Entre otros intérpretes, se hallaban el barítono Maynou, Manolo Gómez-Bur y Monjardín. Siguen sucesivamente otras dos zarzuelas: *Costa Brava* (con música del maestro Francisco Capo, estrenada en el Teatro del Cisne en el mes de septiembre, y con sus intérpretes Ángel de León, Manolo Gómez-Bur, Monjardín, y cantada por el tenor Fantino, Moreno y la señora Caussad) y *La pescadora de Ubiarco* (en colaboración con Enrique Reoyo, autor de *El huésped del sevillano*, con música del maestro José María Tena). Fue estrenada también en el Teatro del Cisne de Madrid la noche del 30 de octubre de 1925, e interpretada, entre otros, por Manolo Gómez-Bur, Monjardín, y cantada por el barítono Montoya y el gran tenor Cayetano Peñalver. En Madrid, como en Barcelona (se estrenó allí la noche del 18 de diciembre del mismo año, en el Teatro Nuevo), gustó mucho.

Un año después estrenaba otra zarzuela, *El caudillo del Urbión*, en el Teatro Maravillas de Madrid, con música del maestro José María Tena, el 28 de octubre de 1926, y cantada por el barítono Federico Cabases.

Ya había dejado el periodismo, y entre estreno y estreno, él seguía escribiendo sin dejar descansar su inspiración.

Y así escribió su drama original en verso *Athael*, con el que ya se encauzó definitivamente en el género dramático. *Athael* se estrenó en el Teatro Fuencarral de Madrid el 19 de noviembre de 1930. Sus intérpretes fueron Carmen Muñoz, Luciano Ramallo, Ricardo Galache, Valentín Tornos, María Luisa Ponte y Enrique A. Diosdado. La obra tuvo una crítica muy buena.

Pero cuando en el año 1931 se proclama la República, no tardó en escribir su drama político *Rosas de sangre*, que presentó en el Teatro Fuencarral de Madrid quince días después, la noche del 2 de mayo de 1931. Obtuvo un éxito clamoroso, y al término de la representación se vio conducido a hombros hasta la Puerta del Sol, en una espontánea manifestación republicana.

Inmediatamente, se constituyeron cinco compañías teatrales para provincias y la Compañía de Concha Olona se llevó la obra a Argentina, donde por autorización especial se dieron tres representaciones diarias en el Teatro Mayo de Buenos Aires.

Poco después de este triunfo, en el otoño de ese mismo año, presentó su segunda obra política, *Los enemigos de la República*, que se estrenó primero en Valencia, en el Teatro Libertad, y luego en Madrid, en el Teatro Maravillas, por la Compañía Fábregas-Latorre.

En ese momento, esas obras dieron a mi padre una gran popularidad. Fue considerado como un gran animador de masas. Es cierto que estas dos obras alcanzaron mucho éxito.

En el año 1934 o 1935 estrena su drama en tres actos *Cómicos*. No tengo ningún dato, ni teatros donde fue representado. No poseo tampoco la obra, se perdió cuando la guerra, como tantas otras.

Pero fue en el año 1933 cuando llegó a la cúspide de su carrera teatral, con su tragedia en cinco actos y en verso *Cadenas*, montada en la escena del Teatro Español de Madrid la noche del 26 de mayo de 1933 por la Compañía de María Banquer y Antonio Armet, bajo la dirección de Arturo de la Riva.

En el invierno de 1935 vuelve a la zarzuela, estrenando en el Teatro Fuencarral de Madrid *La moza esquiva*, obra sobre el ambiente estudiantil salmantino, muy juvenil, que gustó mucho. La música la compuso él mismo, con la ayuda del maestro Enrique Sanz Vila en la armonización, y con la dirección del actor Carlos Oller.

Este mismo año tenía en proyecto, con Margarita Xirgu, el estreno de su traducción al castellano de la obra de Pitarra *La dida* en el Teatro Español de Madrid, durante la temporada 1936/1937. La guerra lo impidió.

Durante los dos años que duró el Bienio Negro no pudo estrenar, todos los teatros le cerraron las puertas. Pero el triunfo electoral del Frente Popular en 1936 se las volvió a abrir y estrena en el Teatro Europa de Madrid su drama social *Máquinas*, que obtuvo un éxito clamoroso. Se estrena también en Barcelona, en el Teatro Apolo, por la Compañía del actor y director Salvador Sierra, y en Valencia, por la Compañía Martí-Pierrá. En las tres ciudades levantó tempestades de aplausos.

Desde el principio de la Guerra Civil, mi padre formó parte de las Milicias Populares, en el Cuartel de Antillón del Puente de Segovia de Madrid, en la organización de la intendencia que abastecía a la Columna Mangada.

Durante el segundo año de la guerra, en Barcelona y al margen de sus actividades teatrales, fue colaborador literario de la Subsecretaría de Propaganda del Ministerio de Estado.

A fines del verano de 1936, teniéndose que desplazar a Barcelona para unos asuntos teatrales que le llevarían unos días y con las cosas tan mal en Madrid, nos llevó a toda la familia con él. Unos días después, ya no pudimos regresar. Nos quedamos en Barcelona, en un piso de la calle Córcega.

Escribe su obra *España en pie*, que los momentos requerían, y la estrena el 10 de abril de 1937 en el Teatro Apolo de Barcelona, bajo la dirección de Salvador Sierra. Los actores principales son Enriqueta Torres y Rafael Navarro. Esta obra tuvo una gran acogida. Recorrió durante un año todos los escenarios de ciudades y pueblos catalanes, con la Compañía Salvat. Fue pluricentenario

en Barcelona en el Teatro Apolo, donde muchas veces fue ovacionada bajo los terribles bombardeos, y alcanzó unas cien representaciones en el Teatro Pavón de Madrid, donde la representó la Compañía de Horacio Socías, con el actor Félix Dafaucé en el papel principal.

Igualmente, fue representada en Francia durante nuestra Guerra Civil como propaganda de la causa republicana. Señalaré la Salle Pleyel y el Teatro de Albi.

Después del éxito de *España en pie*, dio otra obra más, *Retaguardia*, estrenada en el Teatro Español de Barcelona por la Compañía de Salvador Sierra en el invierno de 1938, y luego en el Teatro Pavón de Madrid por la Compañía de Horacio Socías, con muchas dificultades para su puesta en escena, pues ya era el final de la contienda y también para mi padre, con el final de su carrera teatral en España.

El 23 de enero de 1939 cogió el camino del exilio con su familia. Le acompañábamos en este éxodo mi madre, mi abuelita, mi tía Mercedes y mi tío, mi hermano y yo. Pasamos la evacuación de Cataluña por el Pertús, siguiendo en su retirada al Ejército del Este y al gobierno republicano del doctor Negrín.

A la llegada a Francia, fueron los campos de concentración para refugiados. Al cerrarse el campo del Polo en el que estábamos en Bayonne, mi padre, por suerte, pudo conseguir un puesto de profesor en unas colonias inglesas, cerca de Bayonne, en el campo, donde pudimos reponernos un poco. Pero al poco tiempo Francia sufrió la invasión alemana y al cerrarse estas colonias tuvo que pensar en buscar trabajo para poder seguir viviendo, y para eso nos trasladamos de nuevo a Bayonne, donde encontraría más posibilidades. Aunque hablaba y escribía perfectamente el francés, era cosa imposible desenvolverse como intelectual.

Mi abuelita había fallecido de agotamiento durante la evacuación de Cataluña. A mi tío le tuvieron que amputar los pies, que se le helaron en el campo de concentración de Bram.

Nos reunimos con mis tíos en Bayonne. Mi padre encontró trabajo en la talla de madera, cosa que aprendió en Bellas Artes y nunca entonces había pensado que un día le podría servir para sostener a su familia. Mi madre le ayudaba con la costura, mientras mi hermano y yo íbamos al colegio a aprender el francés. Y la vida siguió. Una vida difícil. Una vida llena de recuerdos del pasado, que todavía estaba cercano, con las esperanzas de volver pronto a casa.

Los años de la ocupación alemana fueron muy duros. La prudencia exigía no salir mucho de casa. Por suerte, la talla la podía hacer en el domicilio, aunque el piso era muy pequeño, pero en esos momentos había que acomodarse a todo. Lo peor fue cuando cerró la fábrica que le daba trabajo, al llevarse al dueño a Alemania, pues era de origen judío. Se tuvo que buscar otro trabajo, y lo que encontró fue hacer suelas de alpargatas vascas. Pero no vaciló. Hizo cientos y cientos, había que comer y no se podía elegir en esos momentos.

Aprendió también a coser a máquina, y en los ratos que podía adelantaba la costura a mi mamá cuando ella tenía que hacer las faenas de la casa. Entre los dos se hacían un jornal para poder subsistir. Eso era lo principal. Al terminar la Guerra Mundial, el dueño de la fábrica volvió y le ofreció trabajo de talla. Con eso y algunas clases de violín, pudo defenderse mejor.

Al dejar España, había perdido toda su obra literaria. Tenía escritas más de cuarenta comedias, ensayos, poesías, que nunca pudo recuperar por completo, al ser muchas inéditas. Nunca pudo conformarse por haber perdido sus obras y, fruto de su imaginación, llegó hasta rehacer dos comedias y un puñado de versos, de memoria.

A pesar del sufrimiento que llevaba por dentro, conservaba su optimismo. Seguía escribiendo, preparando todo para el día de mañana, para el regreso. Y así fueron pasando los años. Cuando empezaron a normalizarse las cosas, se relacionó con periodistas que editaban periódicos republicanos en Francia y en el extranjero, donde publicó versos y artículos que eran muy leídos.

En el año 1947 fue elegido para el puesto de secretario del Partido Socialista de Negrín en el exilio, para esta región de los Pirineos Atlánticos, cargo que ocupó hasta el final.

El 20 de julio de 1948, en esta región, tuvo lugar una única representación de su obra escrita en el exilio *Romance de Madrid*, que canta la heroica resistencia de la capital. Fue muy aplaudida por un público de exiliados y también de simpatizantes franceses.

Conservó muchos amigos con quien se carteaba, intelectuales y políticos. Esto le daba ánimos, pues su vida se había convertido en una vida muy monótona. Sobre todo, tan distinta a la anterior.

Además, era delegado esperantista en los Pirineos Atlánticos, lo que le ocupó muchos ratos en sus horas amargas del destierro. A este idioma tradujo el *Romancero gitano* y *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín* de Federico García Lorca. Esta obra, en esperanto, fue estrenada en un teatro de La Haya con ocasión del Congreso Universal de 1964. Tres veces fue laureado mi padre en la categoría de poesía de diversos certámenes internacionales de esperanto.

Ha dejado traducidas al catalán una selección de poesía de Rubén Darío, por quien tuvo siempre una gran admiración, y también el *Romancero gitano* de Federico García Lorca.

Fue laureado con el primer premio de poesía en el concurso literario de 1966 convocado por el Club de Amigos de la UNESCO de Barcelona, por su poema escrito al final de la Guerra Mundial «Canto a la paz». Esta pieza está traducida por él mismo a la lengua catalana.

Así mismo, ha dejado escritas obras de teatro. Ha traducido alguna de ellas al catalán. Ha escrito poesías y un *Romancero* sobre nuestra guerra, que no está editado. También escribió una novela muy larga, que le llevó tres años de trabajo. Se titula *Campanarios. Estampas de la lucha guerrillera*, que trata sobre la vida de los guerrilleros republicanos en España, todo envuelto en un drama de amor. Esta novela nació a principios de los años cincuenta. Siendo secretario del PSOE en los Pirineos Atlánticos tuvo la oportunidad de acoger a inmigrantes que venían a refugiarse en Francia. La mayoría eran guerrilleros. Estos últimos le contaron muchos hechos, lo que le dio argumento para su novela. Está sin editar.

Después de la amnistía de 1969, pudo publicar en la Editorial Millà de Barcelona su traducción al catalán, directa del francés, de la famosa obra de Edmond Rostand *Cyrano de*

Bergerac. Siguiéron otras dos traducciones, también al catalán, publicadas por la misma editorial: *Yerma* y *La casa de Bernarda Alba*, de Federico García Lorca; y dos obras originales suyas, *La guerra sens homes* y *L'hostal del mar*.

Durante su exilio escribió mucho y decía que aún habría escrito más de no haber tenido que dejar su mundo. Un mundo que siempre echó mucho en falta. Le faltaba su ambiente, su suelo, sus amistades, sus aplausos. Todo lo que ya no volvió a ver ni a sentir.

De mucha prestancia, de carácter firme y enérgico cuando era necesario, sobre todo ante la injusticia, era un hombre sencillo, de una gran sensibilidad, muy afable con todo el mundo. Poseía una gran cultura y su conversación era muy agradable, por lo que tuvo siempre muchos amigos que le admiraban y le apreciaban de verdad.

Yo siempre le admiré. Le admiré por su pluma, por el entusiasmo que ponía en todo, aun sabiendo que tanto sus obras como sus poesías o dibujos iban a parar a un cajón, a la espera de días mejores. Le admiré por su dignidad, por su honradez, por su lealtad y su fidelidad a sus ideas hasta el final de su vida.

También quiero decir que nunca recibió ninguna ayuda, sea del Partido o de sus publicaciones en distintos periódicos. Vivió sólo de su trabajo. Lo demás fue de su propia voluntad.

Tuvo una gran pasión en su vida, que fueron las marionetas. Esa pasión nació el día en que su padre le compró un teatrillo con unas marionetas manuales para entretenerle en la cama cuando tenía las fiebres de Malta. Esa idea fue madurando, y con el tiempo, a los veinte años, creó su primera marioneta articulada con hilos, de dieciocho centímetros de altura. A lo largo de su vida, en los momentos de ocio, llegó a crear más de sesenta marionetas. Mi mamá se las vestía. Nunca se separó de ellas; únicamente, en los años de la posguerra. Cuando salimos de Barcelona, se las guardaron unos vecinos hasta el año 1946, en que su hermana María las recuperó para traérselas a Bayonne. Fueron siempre muy importantes para él. En nuestra casa de Madrid se quedó el teatro, hecho también por él. Volvió a hacer otro en Francia.

En los últimos años de su vida se dedicó más a las traducciones. Vivíamos juntos y pasaba mucho tiempo con sus siete nietos (seis chicos y una nieta), que yo le di de mi matrimonio. Mejor dicho, a los dos, puesto que mi mamá y él disfrutaban juntos el papel de abuelos. Los dos formaban un matrimonio ejemplar. El gran amor que les unía y la necesidad que tenía el uno del otro les ayudó mucho a soportar este largo exilio. Mi madre fue para él una esposa maravillosa.

Después de tantos años de espera, por razones de su avanzada edad, no tuvo tiempo suficiente para preparar su regreso a España. Un regreso que no hubiera sido definitivo, puesto que, por los hijos y nietos, ya había fijado su residencia en Francia. Murió el 18 de noviembre de 1976 de una falta aguda de oxígeno en la sangre, a los ochenta y tres años de edad, cuando estaba traduciendo una obra suya al catalán, *La canción del corsario*, que dejó sin terminar. Ironía del destino, pues era la única obra cómica que había escrito en su vida.



En esos momentos se sentía, al fin, feliz de ver que España iba hacia una democracia y con la esperanza de volver a ver su patria después de tantos años de ausencia. Pero no fue así. El destino no se lo concedió. Como tampoco le quiso conceder ver a su hijo casado, puesto que falleció el mismo día de su boda. De esa unión nacieron tres nietos (dos nietas y un chico), que no llegó a conocer.

Su exilio duró treinta y ocho años. Mi madre falleció doce años más tarde, el 14 de mayo de 1989, a los noventa y dos años de edad.

En 1995, la Editorial La Bruyère de París publicó su diario de la evacuación de Cataluña *Las hogueras del Pertús*, libro escrito en 1939, a su llegada a Francia, durante su estancia en el campo de concentración del Polo en

Bayonne. Este diario relata nuestra salida de Barcelona, toda la odisea que pasamos por los caminos, los bombardeos, el frío, el cansancio y el hambre, hasta nuestra llegada a Francia. Quiso dejar para mi hermano y para mí, que todavía éramos pequeños, el testimonio de esos días tan terribles que vivimos.

Sus convicciones políticas le llevaron al exilio. Lo perdió todo, sus obras, su carrera teatral, sus aplausos, su casa, todo lo que era su vida de artista y su mundo, pero siempre decía que, de tenerse que repetir, volvería a hacer lo mismo, que el tiempo le daría la razón.

Fue un hombre capaz de sacrificarlo todo a cambio de que su país viviera dentro de una democracia y en libertad, algo que todo ser humano está en derecho de exigir.

Hoy yo lucho para que su nombre y su obra no queden en el olvido, lo que sería una injusticia, y como hija siempre me quedará una espina clavada por no haber vuelto a pisar el suelo español en compañía de mis padres. Un sueño que duró treinta y ocho años, y que ya nunca se realizará.